



Morar en sueños  
con *Jakob von Gunten*  
y Robert Walser

DANIELA LONDOÑO CIRO

Los seres ínfimos que no emprenden grandes acciones, los jóvenes que se levantan cada día sin sentirse aguijoneados por el llamado a ser alguien en la vida, esos son los personajes de Robert Walser, el escritor suizo que vivió entre 1878 y 1956, cuya renuencia a todo lo magno y altisonante lo hizo ver a la postre como una especie de santo del siglo xx (así lo reconocería Canetti), que moró desde edad prematura en el “monasterio de la época moderna”, el manicomio. Ni siquiera osamos tildar a sus personajes de héroes para luego explicar que no son tales porque nada épico corre por sus venas ni tienen oportunidad de emprender gloriosas hazañas. Los leemos en páginas juguetonas y serias a la vez, que hacen reír con su encanto carente de magia, con su fantasía pueril, ajena a las grandes cosas, dedicada a lo que no tiene importancia. Y no diremos los lectores —cargados de solemnidad— que Walser revela un halo trascendental y profundo de lo sencillo. De ninguna manera. Con él nos aprestamos al descubrimiento de lo que se encuentra al paso, sin premeditación o intención de aludir a una realidad compleja solapada en lo banal.

En una época “incapaz de grandes ideas”, como calificaba Musil a la contemporaneidad, no es extraño encontrar tales personajes u otras expresiones literarias de lo anónimo y lo contingente, de los seres que se pierden en las ciudades, en la burocracia,

en las estadísticas. Tampoco es novedoso que, desde nuestra insalvable nimiedad, nos identifiquemos con personajes antiheroicos como nosotros mismos. Aunque es singular y grato hallarlos sin que transpiren decadencia o pesantez, es especial que su intrascendencia nos produzca cierto regocijo y que, incluso, despierte un asombro tierno.

Los señores K que conocemos cargan la cotidianidad como un fardo, se hunden en la sordidez de lo anodino, son lánguidos de voluntad. El hombre sin atributos de Musil oscila entre la ironía y el cinismo en medio de una “gran acción” vacía de sentido. Los sonámbulos de Broch padecen una realidad desarticulada y angustiosa. Los héroes de las ficciones canettianas tienden a la locura que todo lo incendia y todo lo desmorona. En contraste, de forma sin duda menos estruendosa o sofisticada que en estos ejemplos traídos al azar de lecturas personales (escritores que admiraron a Walser en su momento), los ceros a la izquierda que imagina el escritor suizo no acusan enfáticamente la crisis de sentido de la que participan; más bien se filtran por las grietas de esa crisis, se escurren entre las ruinas, son un polvillo de estas arrastrado por un viento insignificante.

Así se lee a *Jakob von Gunten*, la novela más entrañable para Walser: una brisa de polvo que nos hace estregarnos los ojos con cierto malestar y repetidamente, como cuando nos golpea la luz del alba, hasta que,

de pronto, le sonreímos con la tímida complicidad que nos merece todo aquello de cuyos sueños podemos participar; así sea la participación ligera, evanescente, que es posible a través de los sueños, que se dispersan y se van “silbando, como silba el viento”, como se desvanece Jakob según su habilidad de hacerse ínfimo y no impactarnos, sino quedar en nuestra conciencia como un hálito leve y jovial.

Las páginas de *Jakob von Gunten* nos hacen transitar entre los espacios inocuos de sus sueños. No es que todo lo que nos diga sea soñado, pero cierta insensatez de sus historias puede dar esa impresión. Él mismo, cada tanto, se pregunta si está en medio de un sueño, pues apenas vislumbra el sentido de la realidad que narra. Como sea, se trata de espacios que resultan inusuales, cuya arquitectura se traza con las tenues líneas de una individualidad dubitativa, inquieta (no olvidamos que esta novela tiene la forma de un diario). El primero de esos espacios es un tal Instituto Benjamenta, un “roquedal” insólito conjurado para efectos de una enseñanza muy particular, no la de los conocimientos, sino la de la conducta rígida y servil. Y se atisba, en otra vía, un espacio que no es sólido, sino vaporoso e inasible, que es el de la fantasía y la escritura, ambas las más sutiles e inoficiosas formas de liberación que cualquiera pueda encontrar.

El Instituto Benjamenta es un castillo de vegetación y esterilidad. Está permeado de una atmósfera quimérica, de “cuento de hadas absurdo y, no obstante, lleno de significado” —según confiesa Jakob—; es comandado por un gigante malhumorado y una delicada princesa (los hermanos Benjamenta), y los alumnos parecen los gnomos que hacen los oficios que les encomiendan. Como ningún otro, el Instituto es un lugar de la pusilanimidad, de la exaltación obstinada, de la sumisión. Su carácter fantástico proviene de la absoluta carencia de ideales, del aplanamiento de cualquier iniciativa o singularidad, lo que resulta abyecto, sobre todo frente a la moralidad del emprendimiento que nos infunde el individualismo burgués. Y lo es, ciertamente: lo atribuimos a la socarronería de Walser, quien hace a Jakob afirmar que “la buena conducta es un jardín florido”. ¡Vaya contrasentido! ¡No eran los jardines expresión por excelencia de los márgenes permeables

de las convenciones, espacios para escurrirse del orden, para los devaneos? En esta metáfora percibimos, en cambio, un jardín transfigurado en invernadero, recorrido por “la pacífica fuente de la modestia”, en el que todo permanece sembrado, inmóvil. Poner el recurso poético en la celebración de la obediencia desdice cualquier idealismo en relación con lo bello, lo significativo o lo noble de la vida. Lo vulgar toma su lugar y mira con desdén a quienes esperan alguna gratificación de lo literario, o alguna magnanimidad que no les proporciona la realidad.

En una época “incapaz de grandes ideas”, como calificaba Musil a la contemporaneidad, no es extraño encontrar tales personajes u otras expresiones literarias de lo anónimo y lo contingente, de los seres que se pierden en las ciudades, en la burocracia, en las estadísticas.

La ausencia de espíritu bajo la forma de la disciplina y la inercia caracteriza el mundo de los Benjamenta. La narración en primera persona de Jakob es ajena a la acusación o la queja; más bien se esfuerza en inscribirlo en el sentido del orden al que ha ingresado, intención que se condensa en su preocupación por construir un currículo adecuado. Jakob no intenta mistificar nada; si acaso entenece un poco tal ambiente, lo muestra con suma “cordialidad” —una de las cualidades del buen arte, según pensaba Walser—, y así dibuja con gracia un lugar gris en el que no se estudia ni se tienen aspiraciones, en el que los profesores son una especie de marionetas acalladas, que se la pasan durmiendo, “pobre gente soñolienta y distraída”. Vienen a la mente los héroes kaskianos que, en las situaciones más importantes, son

atrapados por el sueño en algún sitio inapropiado. Un paréntesis involuntario en medio del apremio de resolver algo vital. Y más o menos esto es el Instituto Benjamenta: un paréntesis en medio de la vida rugiente, un lugar en el que se encuentra desvirtuada la avidez del conocimiento, en el que se respira un cansancio particular —acaso un cansancio civilizatorio, el de los ideales ilustrados y burgueses—, expresado de forma contundente en los profesores, que se ven “sentados o acurrucados contra las paredes de una habitación expresamente acondicionada para gente que necesita reposo”.

En medio de la desidia celebrada poéticamente por Jakob (y por otros personajes walsesianos, sin duda), surge también la posibilidad de narrar desde un gozo minúsculo y suficiente, un gozo que no es glotón ni compulsivo, que se deja acariciar de lo múltiple y efímero, que no siente nostalgia de ninguna situación paradisiaca, que es solitario y vago, que encuentra “fragancia y energía” en la carencia. Este gozo tiene una espacialidad tangencial frente al pétreo Instituto Benjamenta; es íntimo, lo delinea la fluidez de la ensoñación y se dispersa en las fútiles entretenimientos de un joven desocupado que aún no se decide a “enfrentar” la vida, que no entra en esa suerte de combate que es darle un sentido al existir.

Cuando Jakob visita la ciudad, se embebe de su encanto diverso y cambiante, se fascina con su “moral”, que enseña sin ninguna autoridad, con su ritmo anónimo y espontáneo, con sus afanes y propósitos. Un gran teatro de la acción incansable que presencia el “perezoso” joven; su cuerpo se estremece ante el “tráfago viviente” y se deja deslumbrar por “el oropel de absurdas promesas” que ofrece la ciudad. Frente a nuestra costumbre —la de los hombres contemporáneos— de caminar por las calles a toda prisa y con algún objetivo claro mandado por la vida productiva, Jakob semeja una especie de *flanèur* precoz que, no obstante, no desprecia la ocupación hormigueante de los ciudadanos, sino que la siente como estímulo para su espíritu adormecido. En las ciudades nadie se detiene para interpelar al observador: ¿para dónde va?, ¿qué tiene que hacer? Más bien se lo deja ahí, involuntariamente, en el anonimato del fluir incesante de las calles. Esta desatención de la masa urbana hacia el joven desocupado le permite vagar en ociosas imaginерías. ¿Qué tal si nos



retrotrájeramos a tiempos y geografías pasados en los que errar por el desierto haciéndose una idea del mundo por cuenta de la luminosidad de los astros tenía algún valor? En contraste, las rutilantes luces de la ciudad hacen perder el cielo y fijan la mirada en la humanidad indiferente, en las sensaciones fugitivas, en las impresiones superficiales que dibujan sonrisas gratuitas o semblantes apáticos; nada de esto parecido a aquella imagen de “un cielo hacia el cual lanzar suspiros de alivio” (algo que se lee en *Los hermanos Tanner*) o al cual preguntarle por el destino. El placer del joven Jakob es más inmediato y terrenal, ajeno a las constelaciones. Se centra “en la atención que embellece la vida” sin más: sin trascendencia, sin preguntas ni respuestas, sin sentido de los astros ni de lo divino, sin utilidad.

Lo gratuito no tiene lugar en nuestro tiempo y menos en la ciudad, en donde siempre hay que propender por la rentabilidad de las cosas y de las acciones, y donde “todo el tiempo se piensa que tiene un encanto conseguir algo, que así la vida cobra un cariz excitante”. En contraste con esta actividad y expectativa, la presencia distraída de Jakob sólo da lugar a impresiones poéticas y fugitivas que no llevan a ningún lado, que hormiguean en él como las personas que ve en la calle y que luego lo abandonan a su inercia.

¿Es confiable alguien que no va a ningún lado? ¿Cuál es su moral? La holgazanería se juzga mal hace mucho tiempo. Frente a esta, Jakob (igual que el ayudante Joseph Marti, y a ratos el inconstante Simon Tanner, personajes de otras novelas de Walser) exalta el sentido del deber que forja el carácter para hacerle frente a la vida. Sucede, empero, que la persistencia en el deber, la corrección sumisa y los modales estrangulan la buena conciencia que exhiben y se revelan más bien como una forma de resistencia obstinada, insensata, a tener algún poder, a dominar algún sentido o acción, a influir en otros. Ningún comentario que se haya hecho sobre Walser y su obra obvia este aspecto esencial y paradójico: cómo es que fundirse cabalmente en la institucionalidad del deber, alienarse en esta, se convierte en la manera más radical de “liberarse”, si se entiende tal liberación como no estar tiranizado por la idealidad del Yo, aquel que desea, que aspira, que tiene logros, que se encumbra, que se atrincheró en una identidad. Salvando las diferencias de actitud y de circunstancias, se sienten ecos entre estos personajes y *Bartleby, el escribiente* de Melville. Tal fue su terquedad al abstenerse de la acción más mínima demandada por su oficio o por la supervivencia, tan contundente su básica enunciación de “preferiría no hacerlo”, que siempre ha despertado dudas sobre si justamente su inacción no constituiría la más astuta resistencia a la hiperactividad agobiante que exige el paradigma de vida burgués.

Doblegar la persona y sus proyecciones al imperio de los amos (o a la negación monolítica de la acción) significa trascender el fracaso que implica de suyo la pretensión de la identidad yoica. Acaso por esto puede resultar incómodo a ratos leer a Walser para quienes sienten en su pecho el palpito de la acción esperanzada o de la rebeldía. Solo que él no incita al desengaño con irónica superioridad. La ironía muestra disimuladamente una sapiencia arrogante, y nada más ajeno a Walser y a sus personajes. La abdicación de las aspiraciones no implica en estos un premeditado desengaño frente a los propósitos de libertad; se muestra cándida y sin necesidad de justificación velada. Igual, sus personajes dados a la gandulería —piénsese en Simon, de *Los hermanos Tanner*— no se erigen en una suerte de

revolución negativa ante la moral burguesa; simplemente deambulan sin ningún afán de ser nada, anhelando por momentos someterse a algún deber que los haga sentirse solidarios con la grey de los subordinados.

Seres ajenos al envanecimiento son los personajes de Walser, pues no se creen relevantes o trascendentes. A los de este tipo uno les supone una sonrisa confiada en que, con sus pensamientos y sus acciones, estarán a salvo de lo ínfimo (y de la muerte corriente), aunque también pueden llevar la risita irónica de los desengañados. Se creen astutos por desear más allá de su presente insatisfactorio o por subestimar la ingenuidad de cualquier deseo o ilusión. Ninguno de estos entraría en el espectro de Walser y sus personajes, que viven no más que en el presente y no ambicionan o desprecian nada que no les dé la gratuita atención al mundo. Ciertamente desdeñan las manifestaciones del poder y la elevación, pero de “una manera seductoramente pueril” —así calificaba Canetti la veracidad de Walser en uno de sus apuntes—, con una modestia inusitada, como lo muestran estas palabras de Jakob: “Todo es mucho para mí, hasta las cosas más ínfimas”. Frente a nuestra pretensión de tener poder sobre cosas e ideas, sobre nuestros destinos, leemos aquí, simplemente, la perplejidad que suscita el mundo inmensurable.

Cuando seguimos la voz de Jakob von Gunten no percibimos en ella nada que quiera persuadirnos. Él juguetea con las categorías del orden burgués y las desfigura o hace mofa de ellas; así, por ejemplo, cuando piensa en las personas exitosas: “Se nota en seguida cuando los hombres empiezan a contabilizar éxitos y reconocimiento, se ponen casi gordos de autosatisfacción saturadora, y la fuerza de la vanidad los va inflando hasta convertirlos en un globo irreconocible”. La carencia de ambiciones es la que justifica inscribirse en un instituto que prepara para el servicio; es asimismo la que explica la inconstancia del joven Simon Tanner, que deja cada tanto los trabajos que consigue y no se esfuerza en encontrar ocupaciones nuevas, aunque las acepta de buena gana si son de menor categoría.

Jakob intenta formarse como un criado, pero no es fácil para él dejar de ser insolente: “Es curioso el placer que siento al provocar estallidos

Lo gratuito no tiene lugar en nuestro tiempo y menos en la ciudad, en donde siempre hay que propender por la rentabilidad de las cosas y de las acciones, y donde "todo el tiempo se piensa que tiene un encanto conseguir algo, que así la vida cobra un cariz excitante".



Robert Walser el 23 de abril de 1939, en un paseo por Herisau-Wil

de ira en los que ejercen el poder". Asimismo, se fascina con los "defectos y malas costumbres" que pueblan el mundo librándolo de la monotonía. En contraste, lo atrae especialmente la bondad, y por eso tiene un amigo entrañable en el instituto. Es Kraus, el sirviente perfecto, el que nunca va a aspirar a nada más que a seguir órdenes, el que se esfuerza por humillarse ante los deseos de los otros, el que no fanfarronea con nada. Jakob se imagina que él tendrá un destino desgraciado y esto le inspira amor fraterno. Aprecia sobremedida su "cultura", que consiste en la prudencia y el recato. Además, es feo y no tiene esperanza ninguna de éxito ni de consideración especial o respeto por parte de nadie; "es una verdadera obra de Dios, una nada, un criado". En comparación, Jakob no es más que un granuja que se la pasa instigando la integridad de Kraus, y sabe bien que su amigo es semejante a la bondad, esa increíble cualidad que anida en lo menos visible, oculta "entre la niebla", como un gesto y una voluntad difíciles de sostener, ajena a la grandilocuencia. La vileza y el arribismo colindan, lo mismo que la bondad y la humildad. No esperar nada de una obra buena es un ideal para Jakob, como cuando se le hace un favor a un desconocido en la calle y se siente un regocijo que nadie nota, discreto.

Tal vez pudiera resumirse este sentido de la bondad en algo que le dice el hermano a Jakob: "de ser posible, haz algo bueno y hermoso a favor de alguien". Como si el bien pudiera hacer liviana la insignificancia, como si aliviara un tanto de la infructuosidad de la vida. Al menos esforzarse en ser bueno y decente; lo demás es secundario. Con

esto, descubrir afinidad con los desdichados, sentir amistad por ellos, que son quienes muestran una faz más sincera de la vida, es un rasgo decisivo en varios de los personajes de Walser —por supuesto, de Jakob—. La amistad no tiene más beneficio que la de la solidaridad entre seres desvalidos o vulnerables. A lo mejor esto le parezca a alguien una simplificación moralizante o cristiana; aun así, en días de descomposición social, de fracaso de la razón, de guerra y miseria (nuestros días), ¿no apreciamos el valor inigualable de los gestos bondadosos y solidarios? Gestos que no salvan a nadie ni al mundo de su ruina, pero que acaso apaciguan un tanto la consciencia de nuestro fracaso como humanidad.

A Jakob suele aparecerse en sueños la faz de la maldad, de la subversión del orden de los afectos y los deseos convenientes a un ser bueno. En una ocasión, por ejemplo, sueña con que agrade a su adorada madre y nota cada detalle de su punzante sufrimiento. En otra, se muestra ante sí mismo "convertido en un hombre muy malo, perverso". Adornado con cadenas de malandro: "de mi barriga pendían, negligentemente, quintales de carnosa dignidad". Atiborrado de comidas y bebidas, en un gran banquete de satisfacción maligna: "en los cuchillos y tenedores se habían pegado las lágrimas de mis enemigos ajusticiados". Cual rey taumaturgo, comienza a recibir visitas: entra en forma de anciano miserable "la sabiduría de la vida" y le besa las botas; con perfil de "tierna jovencita" entra a besuquearlo la "inocencia infantil"; luego un joven pobretón, "el lado serio de la vida"; luego una cualquiera, "las ganas

de trabajar”; luego un trabajador fortachón, “el empeño”; luego la virtud, “de una belleza avasalladora para el que no tenga completamente helado el corazón”. Todos fueron expoliados. Al fin se presentó Dios para despertarlo. Es curioso cómo tienta la maldad a Jakob. Ciertamente, él se aterra de la locura de sus sueños y se lamenta con buena fe: “Dios mío, aún me queda la esperanza de llegar a ser algo en la vida”. Este juego entre tentativas del mal que no superan el umbral de lo onírico y el anhelo de bondad antedicho nos da una imagen de la liviandad moral del joven Jakob, una liviandad que no significa debilidad o incapacidad, sino inexistencia de un dogma, incertidumbre de la vida en ciernes.



Película *Jakob von Gunten* (1971)

Jakob von Gunten oscila entre la fortaleza del buen comportamiento que prepara para servir y los riachuelos de la vagancia ensoñada. En sus líneas se siente la *demora* de cualquier resolución. Jakob *mora* en la dilatación del tiempo que le permiten la escritura de su diario y la ensoñación. Si la obediencia es ocuparse de lo inmediato, no gastar el tiempo ni las energías en imaginar y errar, él hace lo contrario: sueña y escribe.

Jakob von Gunten oscila entre la fortaleza del buen comportamiento que prepara para servir y los riachuelos de la vagancia ensoñada. En sus líneas se siente la *demora* de cualquier resolución. Jakob *mora* en la dilatación del tiempo que le permiten la escritura de su diario y la ensoñación. Si la obediencia es ocuparse de lo inmediato, no gastar el tiempo ni las energías en imaginar y errar, él hace lo contrario: sueña y escribe. En cualquier caso, respira en “las regiones inferiores” —algo que todos sus lectores saben y recuerdan—, que son tales por estar evadidas del poder, por evitar cualquier elevación vanidosa. Él no enfila las palabras como si fueran su soldadesca de ideas; le sucede lo contrario al escribir: “Me pone demasiado eufórico. Y salvaje. Y las letras bailan y revolotean ante mis ojos”.

¿Y qué decir de su carácter presto al ensueño? ¿Quién toma en serio a los soñadores? El hermano le dice a Jakob: “Ya no hay nada bello ni excelente. Lo bello, lo bueno y lo justo has de soñarlo tú mismo”. Esta es la más delicada contestación al nihilismo que nos hace rasgarnos las vestiduras, pues la posibilidad de soñar lo que ya no tiene un peso propio en el contexto civilizatorio permite conservar una mínima esperanza en la humanidad creadora de sentidos, capaz de amar la vida y de sonreírle sin culpas a la muerte. A diferencia de cualquier fe o fanatismo que quiera anteponerse ruidosamente a la debacle, soñar —y la abstracción silenciosa implicada por los sueños— tiene el mérito de no promover ningún idealismo, de ser más contingente que la persona misma, de no hacerle daño a nadie. En una época sin dioses, sin héroes, sin “grandes ideas” (y en contra de los que artificiosamente quieren inventarse), quizá cierta religiosidad del sueño y del soñar, espolvoreada entre las historias de Walser, tenga la forma de una respuesta dulce, exigua, inofensiva, que libra de momento, con su lúdica magia, de la nada y del caos. ■

Daniela Londoño Ciro (Colombia)

Historiadora y Magíster en Hermenéutica Literaria. Editora en la Editorial Universidad de Antioquia.